

Te fuiste sola  
negándome el calor de tu presencia.  
Rociaste de rojo la esperanza  
del implacable anochecer.  
Hoy sólo recuerdas  
el diáfano olor de la grosella.

Ω

Acércate a mi jardín umbrío.  
Las flores deshojadas te abrirán la senda  
hacia mis manos.  
Ven, cobíjate en mis ateridos brazos  
y viviremos tu anhelo.  
No temas  
la muerte ya me ha abandonado.

Ω

Tu canto antiguo  
revela la hendidura del vacío  
tu vacío ocre  
que enciende la llama de mi desconsuelo.

Tu vacío extinto  
derrumbado  
en mi atardecer de arenas  
y guijarros.

Ω

Es intenso el color de tu mirada.  
Como la luz que irradia en la penumbra  
rozando lo intangible del magnolio.  
Como la esmeralda olvidada entre la hierba  
o el granate ardiente que mana de tu herida.  
Como el enigma cristalino que ocultan  
el ónix y el topacio.

¡Cuánto más blanca será mi muerte!

Ω

No pedí volver a la entraña temblorosa del ocaso  
ni salir del invisible abismo que me apresa.  
No pedí sentir el acerado filo de la muerte  
ni la ilusión fatua de un lento acontecer.

Escuché al dolor amamantar su llanto  
y al verde musgo acariciar su tibieza.

No pedí sentir el frío de la escarcha  
ni el delirio cruel de los nenúfares en flor.  
No pedí olvidar mi huella,  
mi sombra, mi vestigio.

Hoy, el alba extraviada recorre tu anhelo  
y mi esperanza.

del poemario: *El olor de tu nombre* - Huerga y Fierro editores, 2007  
-Premio Villa de Madrid de poesía 2008-

ΩΩΩ

## I

No hay dios en mi desierto de piedras negras  
y nenúfares en flor.  
No hay dioses ni ángeles guardianes  
que guíen mi huida del campo de batalla.  
No hay dios que me proteja o me condene  
ni encuentro consuelo en la tierna transparencia del amanecer.  
No hay dioses en el triste ocaso de mi despedida.  
No hay dioses, ni lunas, ni soles  
ni sombras.  
Camino angustiado buscando refugio  
en los brazos cálidos del oasis.  
Las dunas recogen mi cuerpo maltrecho  
lo acunan en su desamparo.  
Atrás dejo los gritos, las matanzas  
la cruenta incomprensión de los hombres  
la tuya, la mía  
la de la madre, la hija, el padre  
el hermano.  
Somos depredadores los humanos  
porque nacemos ciegos de conocimiento

y sentimos la amargura del abandono  
con el primer lloro a la vida  
-la huida de la entraña original-  
de la cueva materna  
de la madre  
la que nos es otorgada  
la que nos es cedida como intermediaria  
entre la vida y la muerte  
lo real y lo imaginario  
la existencia y el vacío.  
La madre  
la tierra madre  
el puente que nos saca de lo invisible  
del *no ser*.  
Estamos atrapados por ese cordón umbilical  
que nos amordaza y nos ata a un destino  
a una incógnita.  
Huimos de la entraña con la falsa ilusión  
de evadir ese final  
lo irremediable  
lo que así está dispuesto de antemano  
antes de ser cuerpo  
de ser mente  
de ser un simple concepto, capricho o ilusión  
del creador, del otro  
de mi propio reflejo.  
Pero el camino es largo y la lucha perenne.  
El enemigo está lejos  
una vez más abandono la contienda  
para pensar en ti  
en mí  
y busco la luz tan ansiada  
que el refugio me reporta.  
Estoy cansado  
me cobijo en tus brazos  
lo invisible de tu ser  
siento tu aliento en mi piel.  
Te siento mía, mío  
me siento pertenecer.  
Te deseo.

## II

Y después llegó el remordimiento  
gritándome al oído palabras infames  
ahondando en esa herida infectada de amor.  
El oasis no existe  
ni extiende su frescor a los que buscan refugio  
es sólo un espejismo  
de quien sueña su muerte.  
Es una nube hueca de polvo y fantasía.  
Es sólo un espejismo  
que sacia al enemigo  
de su sed de venganza  
de su delirio turbio.  
Recojo mi estandarte  
regreso a la batalla  
allí estaré contigo  
luchando cuerpo a cuerpo  
la sangre con la sangre  
desbordando palabras  
palabras como ríos que no van a la mar.  
Mirándote a los ojos  
te lanzaré mi dardo  
en el vacío ardiente  
de tu costado herido.  
Te miraré a los ojos  
te lanzaré mi dardo  
te miraré  
al vacío.

### III

Y más tarde la lluvia  
salpicó mi tristeza en su dulce abandono  
y cubrí mis heridas  
con la suave ternura del papiro y del loto.  
Y recordé esos versos de mi adolescencia  
que tanto exaltaron mi espíritu inquieto:  
*¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!*  
Y respiré esa brisa que tú respirabas  
y exprimí del junco la última gota  
que alivió mi inquina y mi resquemor.  
Y más tarde la lluvia  
inundó las arenas  
y el cálido cactus se empapó de recuerdos.  
Miré tu mirada

enjuagando mi rostro con tus lágrimas frías  
y sentí la agonía de tu muerte en la mía  
como si fuera amor.

Y sentí tu agonía  
tu muerte y la mía  
y sentí tu mirada  
como si fuera amor.

*¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!*

del poemario: *Campo de batalla*  
Huerga y Fierro editores, 2010